

straussiana: Strauss no ofrece respuestas definitivas, sino que plantea problemas y alternativas, obligando al lector a pensar por sí mismo.

Quizás el punto más discutible de la interpretación de Feixas i Roigé es su insistencia en que la justificación de la vida filosófica no puede ser más que provisional y sostenida por el amor al conocimiento. Esto es ciertamente fiel a Strauss y proviene, con toda probabilidad, del amor por aprender leyendo, del amor al conocimiento, del propio Feixas i Roigé. Aun así, cabe preguntarse si esa posición no deja la filosofía en una situación de vulnerabilidad frente a otras alternativas —religiosas, políticas o simplemente existenciales— que ofrecen certezas más inmediatas. Strauss, como el autor reconoce, era consciente de esta fragilidad, y su respuesta era que solo filosofando se puede saber si filosofar merece la pena.

En cualquier caso, el libro de Feixas i Roigé cumple con creces su propósito: nos invita a tomar en serio la pregunta por el valor de la lectura del pasado, y nos ofrece en Strauss un compañero de viaje incomparable. Como el propio autor escribe en la página final, «podría ser que lo más importante siga siendo aprender leyendo». En tiempos de dispersión y olvido, esta es una lección que merece ser recordada.

MÓNICA MÍNGUEZ FRANCO

DOMINGO MORATALLA, Agustín. *Tecnocracias y desvinculación. Descuidos éticos del universo digital*. Valencia: Editorial TEELL, 2024.

Agustín Domingo Moratalla, catedrático en filosofía moral y democracia de la Universitat de Valencia analiza en *Tecnocracia y Desvinculación. Descuidos éticos del universo digital* los nuevos retos educativos, éticos y políticos derivados de la digitalización de nuestra sociedad. Su análisis no se queda en una mera crítica social, sino que ofrece —cómo él mismo menciona— un horizonte de esperanzas basado en la tradición humanista más reciente. En este intento de hacer una crítica

que construye y edifica, Moratalla parte tanto de principios derivados del personalismo comunitario, así como de convicciones católicas.

Moratalla organiza su análisis en once «descuidos» que la sociedad ha pasado por alto en este proceso de transformación digital. El primer y más importante descuido es el de la educación, el cual vertebra el resto de las reflexiones. La digitalización ha quebrado los elementos estructurales que daban forma y sentido al quehacer educativo. La aceleración, la globalización y la tecnificación de los procesos humanos han alienado al ser humano de sí mismo generando una educación desprovista de valores y principios. La aceleración de los procesos humanos y sociales ha conducido a la pérdida de toda tradición. La globalización, junto con la hiperconexión, ha transformado al ser humano en un sujeto de rendimiento. Mientras que la tecnificación y digitalización han conducido a un individualismo feroz que ha alterado toda forma de organización social y comunitaria. En definitiva, Moratalla sostiene que la digitalización ha alterado sustancialmente el tejido social produciendo una pérdida de sentido en distintos ámbitos de la vida humana. Categorías antropológicas fundamentales como el encuentro, la mirada o el otro han sido sustituidas por una comunicación inmediata y virtual que deshumaniza e instrumentaliza.

El autor analiza una tras otra las consecuencias derivadas de esta transformación. La primera es la desafección que las nuevas juventudes tienen con el compromiso democrático y asociativo. El ser humano actual siempre volcado en el futuro huye del pasado y rechaza el presente, creando un flujo constante de nuevas formas sociales que se sostienen en el propio cambio. La falta de compromiso y vinculación social propia de la era digital debilita las instituciones fundamentales de nuestra sociedad, entre las que el autor destaca: la educación, la cultura y política.

De acuerdo con su análisis, la educación se ha reducido a un «didactismo» activista que convierte al docente en un mero dinamizador de actividades. Lo importante

no es la transmisión de contenidos sino la innovación educativa. Ante esta tendencia Moratalla propone una pedagogía del cuidado basada en principios personalistas. El docente acompaña, cuida, instruye y orienta a los más jóvenes hacia la adultez. Esta pedagogía del cuidado se centra sobre todo en el desarrollo y aprendizaje de las virtudes. Cuidar, en palabras del autor, no solo consiste en acompañar, sino en generar hábitos, en promover el juicio propio, en exigir, entrenar y espolear con inteligencia las voluntades de los agentes educativos. No desde un puntillismo perfeccionista sino desde una mirada amable, misericordiosa y amorosa. Sin embargo, esta pedagogía se enfrenta a tres retos: la recuperación de la atención, la recuperación de la responsabilidad y la recuperación de la interioridad. Sin estas tres virtudes o hábitos educativos el cuidado tiende a desvanecerse en medio de la inmediatez y aceleración de nuestro mundo.

No obstante, las virtudes no son el centro del libro, sino que son el preámbulo para reincorporar la necesidad de la moral dentro del ámbito educativo y político. Se puede hablar de virtudes porque hay un modelo de excelencia, un arquetipo que nos orienta hacia el bien. Tanto la legislación como las distintas instituciones educativas buscan crear un espacio neutral donde se evita hablar de virtudes y moral, sin embargo, la educación es inherentemente moral. Educar implica aprender a distinguir entre lo que está bien o está mal. Por lo que, una vida virtuosa no es otra cosa que una vida orientada hacia la búsqueda del bien. Una educación de las virtudes implica recuperar ese telos hacia el cual se dirige el ser humano. Desde el personalismo comunitarista, Moratalla nos propone un modelo de vida excelente basado en las virtudes aristotélicas: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Ahora bien, no se trata de un ejercicio voluntarista, sino que la búsqueda del bien pasa por reconocer nuestra fragilidad y vulnerabilidad. Por otro lado, la pedagogía del cuidado —entendiendo el cuidado en términos socráticos— no solamente se centra en el aspecto moral, sino en el cuidado del alma, de la

interioridad. En tiempos de hiperconexión y digitalización, todo se vuelve superficial; ya no hay espacios de silencio o aburrimiento; siempre conectados en constante comunicación convertimos nuestra interioridad en un campo de huesos sin vida. Por tanto, una pedagogía del cuidado implica recuperar el alma, así como ese espacio de diálogo con uno mismo al que llamamos intimidad.

Por otro lado, el doctor Agustín Domingo Moratallas apunta que una sociedad hiperconectada no solo descuida el alma y la intimidad, sino que rompe los límites de la cultura conduciendo a la sociedad a una hipercultura impersonal. La hipercultura es la cultura de todos, la cultura global donde la peculiaridad de cada región se desvanece en medio del universo digital. Junto con la desaparición de la cultura aparecen nuevos problemas sociales como pérdida de identidad, incertidumbre y otros fenómenos sociales que reivindican la necesidad de marcos fijos. Moratalla denuncia en su libro que la sociedad ha volcado en los docentes la responsabilidad de solucionar todos estos problemas. Además, con arras de la transparencia se les ha cargado con un peso burocrático que repercute en la calidad de su labor educativa. De este modo, *Tecnocracia y desvinculación* analiza de forma muy detallada cada una de las dificultades a las que el docente del siglo XXI tiene que enfrentarse cada día.

Además, como no podía ser de otra forma en una reflexión sobre la digitalización de la sociedad, el autor estudia los retos que ha supuesto la Inteligencia Artificial como punto de inflexión en este proceso de transformación social. Ante ello avisa de que lo verdaderamente problemático de la IA no son sus aplicaciones prácticas, sino el cambio de concepción antropológica del ser humano. La IA ha redefinido la inteligencia de tal forma que hoy en día se busca replicar el modo algorítmico de pensamiento en los seres humanos, desplazando lo propiamente humano a un segundo plano, a saber, el amor. Solo desde el amor se puede sanar personas, cuidar

vínculos y tender puentes en la búsqueda de una sociedad mejor.

Por último, el autor desde su postura creyente, reivindica la fe y las instituciones religiosas como medio para enriquecer nuestra sociedad, como un punto de partida desde el que construir nuevos vínculos que fortalezcan y regeneren este mundo tan disgregado por las nuevas tendencias tecnológicas e individualistas. En este sentido, *Tecnocracia y desvinculación* puede considerarse como un llamamiento a todos los católicos a actuar, a salir al encuentro del desprotegido, a tender puentes con una sociedad secularizada que necesita ser sanada. Moratalla explica mediante su experiencia personal cómo el amor y la fe invitan a todo cristiano a participar de la vida pública. El católico no puede asumir esta globalización de la indiferencia tal y como gustaba decir al Papa Francisco, sino que debe asumir la responsabilidad social que se deriva de su fe y llenar este mundo de esperanza y de ilusión.

A modo de conclusión, *Tecnocracia y desvinculación* no es otra cosa sino un llamado a todo hijo de vecino, creyente y no creyente, a dar un paso al frente y recuperar todo aquello que hemos sacrificado en pos de nuestro de nuestro *smartphone*. No con ánimo nostálgico, sino con un renovado espíritu fruto del diálogo y la participación democrática.

MIGUEL MATEU

URRACO SOLANILLA, Mariano y Ramos Vera, Mario. *Subir, salir, entrar, bajar. 50 años de Rascacielos*, de J. G. Ballard. Granada: Comares, 2025.

J. G. Ballard defendía acerca de su literatura que no era tanto una literatura prospectiva respecto a un futuro lejano como una forma de diagnóstico del presente o, a lo sumo, de anticipación de un porvenir inmediato. La metáfora que alguna vez empleó para describir esta tarea era la de un hombre apostado en la curva de una autopista, tratando de advertir a los conductores del desastre inminente hacia el que se dirigen y que ellos todavía no

alcanzan a ver. *Rascacielos* (1975) es probablemente la novela que mejor encarna ese carácter simultáneamente especulativo y diagnóstico de la obra ballardiana. El gigantesco edificio brutalista en el que se concentran las promesas tecnológicas, urbanísticas y sociales de la modernidad de posguerra aparece convertido, bajo la pluma del escritor británico, en un escenario de regresión, alienación y barbarie. Cincuenta años después de su publicación, resulta difícil no percibir hasta qué punto muchas de sus intuiciones siguen siendo útiles para describir nuestro presente.

Precisamente de esa vigencia parte *Subir, salir, entrar, bajar. 50 años de Rascacielos*, de J. G. Ballard, volumen colectivo editado por Mariano Urraco Solanilla y Mario Ramos Vera y publicado por Comares. Un libro que se propone explorar la extraordinaria capacidad de *Rascacielos* para seguir funcionando como una herramienta de interpretación crítica de la sociedad contemporánea, mediante una apuesta de sus editores por reunir un conjunto de aproximaciones procedentes de disciplinas diversas. Los responsables del volumen justifican esta opción metodológica a partir de la amplitud de problemas que la novela pone en juego. *Rascacielos* es más que una distopía sobre el futuro urbano. Es, también, una reflexión sobre la organización social, la estratificación económica, el inconsciente, la tecnología, la subjetividad, la violencia, la arquitectura y la cultura contemporánea.

La estructura del volumen refleja adecuadamente esta pluralidad de ángulos. Los primeros capítulos sitúan la novela en el contexto de la tradición distópica y exploran sus vínculos con el cine y la cultura visual contemporánea, incluyendo análisis de la adaptación cinematográfica de Ben Wheatley. Posteriormente, el foco se desplaza hacia cuestiones relacionadas con la arquitectura, el urbanismo y los efectos psicológicos de los entornos contruidos sobre sus habitantes. A partir de ahí, el libro se adentra en interpretaciones sociológicas, filosóficas y psicoanalíticas que abordan la estratificación social, la violencia, la desintegración comunitaria,